

Prólogo

.....

Barcelona, marzo de 2001

«Pasajeros del vuelo 7767 con destino a Buenos Aires, Argentina, prepárense para el embarque.»

El sistema de megafonía del aeropuerto de Barcelona sobresaltó a Lionel Messi, de doce años, que se apretó contra el costado de su madre, Celia. Su padre, Jorge, estaba junto a él. Leo, como lo llamaba casi todo el mundo, se quedaría a vivir en Barcelona con su padre a partir de ese momento. El resto de la familia —su madre, Celia, sus hermanos mayores, Matías y Rodrigo, y su hermana menor, María Sol— regresaba a Rosario, Argentina. Leo estaba a punto de incorporarse a la Masia, el centro de formación del legendario Fútbol Club Barcelona. Quienes amaban al equipo lo llamaban por su sobrenombre: Barça. Ese día la familia Messi se separaba y no volvería a reunirse hasta pasado mucho tiempo.

Una larga fila de pasajeros empezó a embarcar en el avión con destino a Argentina. Celia, conteniendo las lágrimas, dio un beso de despedida a su marido Jorge. No sabía si resistiría estar sin su hijo menor, Leo. El FC Barcelona lo consideraba un chico especial, y ella se enorgullecía de él. Si al menos su abuela hubiera podido presenciar ese momento. Fue la abuela Celia la iniciadora de todo aquello, la primera en ver el talento de Leo.

La familia Messi adoraba el fútbol. Y cuando Celia le apretó la mano a su marido por última vez antes de embarcar, se acordó del partido de fútbol al que asistieron en su luna de miel. Se apartó de Jorge y, con los ojos empañados por las lágrimas que ya no podía contener, abrazó a su hijo.

—No llores, mamá —dijo él.

—Perdoná, Leo —se disculpó ella—. Soy una boba.

—No, mamá, no lo sos —la consoló él—. Lo que pasa es que te preocupás por nosotros.

Habían esperado mucho tiempo la decisión del Barça. Durante meses Celia había temido que el club hiciera lo mismo que otros equipos antes: echarse atrás en el último momento. Pero al final lo habían elegido, y ella se volvía a casa.

—Volveremos cuando acabe la temporada, mamá —la reconfortó Leo, enjugándole las lágrimas con la mano—. Te lo prometo.

Después de varios meses en Barcelona, con la esperanza de que Leo triunfara en el FC Barcelona, el club por fin se había comprometido a aceptar al adolescente en su centro de formación. Eso despertó un sentimiento agrisado en Celia, Matías, Rodrigo e incluso la pequeña María Sol. Añoraban su país, Argentina, y su ciudad, Rosario, y comprendían que ésa era la oportunidad de Leo para hacer realidad su mayor sueño: ser futbolista profesional. Pero querían a Leo con toda su alma, y lo echarían mucho de menos. Tenía sólo doce años.

Jorge y Leo volvieron a su hotel en silencio. El chófer

del Barça, Octavio, tomó por un atajo. Leo se sentó delante con él y disfrutó del recorrido hasta el último minuto. Jorge, con su hablar argentino, rogó a Octavio que redujera la velocidad, y el chófer se rió por la manera en que lo dijo. Era oriundo de Argentina y conocía la diferencia entre el castellano de allí y el de España.

—¿Dije algo gracioso? —preguntó Jorge.

—Aquí se dice de otra manera. No se preocupe, señor Messi. Con el tiempo ya aprenderá.

La ciudad de Barcelona, enorme y hermosa en comparación con Rosario, tenía grandes edificios que se elevaban hacia el cielo. Leo observó el perfil urbano, y Jorge observó a Leo. Al cabo de un rato, dijo:

—Ya los extraño.

—Yo también —contestó el chico, su mirada fija en el paisaje.

—¿Lo aguantarás bien? ¿Vos aquí solo en Barcelona?

—No estaré solo, papá. Te tendré a vos y tendré al equipo.

Jorge sonrió, complacido. Ése era un rasgo muy propio de Leo: siempre se las arreglaba para salir adelante. Desde atrás, apoyó una mano en el hombro de su hijo, y éste se recostó en el respaldo y cerró los ojos. Antes de adormilarse, se acordó de su querida ciudad natal de Rosario y de cómo llegó a Barcelona.

1



Primer balón y primeros toques

La familia Messi, reunida en torno a la vieja mesa de su cocina en Rosario, hablaba animadamente. Celia había puesto su mejor mantel de hilo. Ocupaba el centro una gran tarta de cumpleaños casera con cuatro velas. Ese día Lionel Messi cumplía cuatro años, pero no se lo veía por ninguna parte. Abochornado, permanecía oculto detrás de Matías y Rodrigo, sus hermanos mayores, quienes, para agasajarlo, le cantaban «Cumpleaños feliz». A Leo no le gustaba ser el foco de tanta atención, pero, como bien sabía, si no daba la cara pronto, se quedaría sin tarta y sin regalo. Llegado el momento de soplar las velas, Rodrigo miró a su hermano y, sonriendo, lo empujó hacia delante.

—Dale, Leo, pedí un deseo —instó.

Abrió la boca para hablar y Matías se la tapó.

—No lo digás en voz alta o no se cumplirá.

Leo alzó la vista para mirar a su hermano mayor y asintió. A continuación cerró los ojos, apretando mucho los párpados, y formuló un deseo moviendo los labios. Jorge sonrió.

Fue entonces cuando la abuela Celia entró en la cocina. Al acabar de pedir su deseo, Leo abrió los ojos, vio a su abuela y se le iluminó el rostro. Ella escondía el regalo de cumpleaños detrás de la espalda. Primero la

abuela sacó una mano, y estaba vacía. Luego asomó la otra, y vio de inmediato qué sostenía.

—¿Es esto lo que querías, Leo? —preguntó ella.

—¡Sí! —exclamó el niño, entusiasmado, a la vez que la abuela Celia le lanzaba un balón de fútbol nuevo. ¿Cómo lo sabía? Era perfecto: talla cinco, con pentágonos azules. El balón clásico. El azul era su color preferido, como sabía toda la familia. Se metió el balón bajo el brazo e hizo ademán de echar a correr hacia la puerta para salir a la calle a jugar, pero Matías lo agarró por el cuello de la camiseta y, de un tirón, lo obligó a retroceder.

—¡Eh, tigre! Ya jugarás más tarde. Ahora vamos a comernos el pastel.

Leo miró a su hermano mayor y asintió mientras todos alrededor se reían. También él se rió al tiempo que su madre cortaba alegremente la tarta en grandes porciones y entregaba la primera a Leo.

—Para el cumpleaños —anunció.

Él cogió el trozo y lo engulló vorazmente. Era de fresa y vainilla, muy dulce, como a él le gustaba.

Más tarde, Matías y Rodrigo salieron a jugar con sus primos. Leo se quedó en casa. Se fue rápidamente a su habitación y, desde detrás de una cortina, se quedó mirando la calle, donde sus primos y sus hermanos jugaban un partidillo de fútbol. En el polvoriento «potrero», como llamaban a la calle en Rosario, hacía mucho calor. Leo observaba a los otros chicos con atención, pero, tímido como era, no se atrevía a ir con ellos. Era mucho más pequeño que los demás y pensaba que, si no estaba con ellos, no lo pisotearían.

—Andá, Leo —dijo una voz desde la puerta.

Él, que ahora estaba tendido en la cama, volvió de pronto la cabeza cuando la abuela Celia entró en la pequeña habitación.

—Andá al potrero a jugar con los otros chicos, Leo —insistió su abuela—. No te quedés encerrado en tu habitación. Necesitás que te dé el sol. Te ayudará a crecer. —Dicho esto, lo agarró por la muñeca y lo levantó de un tirón—. Dale. Hacé sufrir a tus primos. Enseñales que sos mejor que esos aficionados.

—¡Y vos podés ser mi entrenadora! —exclamó Leo.

La abuela Celia se rió mientras Leo, después de agarrar su balón azul nuevo, le daba un beso en la mejilla y salía corriendo. A solas en la habitación, Celia examinó las paredes, donde, por encima de la cama, había ayudado a Leo a clavar fotos del gran héroe del fútbol argentino, Maradona, uno de los mejores jugadores de todos los tiempos. En la familia Messi, y en toda Argentina, Maradona era el rey.

Arrimándose a la pared de la casa, a unos pasos de la calle, Leo se quedó escondido y observó a sus primos y hermanos correr de aquí para allá vociferando y levantando tal polvareda que apenas se veía el balón. «Qué altos son —pensó—, y yo soy muy chiquito.» Sencillamente era incapaz de reunir valor para salir a la luz del sol y dejarse ver por los demás. En todo caso nadie lo elegiría para su equipo. Siguió mirando aún por un momento y luego, a toda prisa, dobló la esquina hacia el lado de la casa al que daba la cocina.

Se topó con Cintia, la hija de los vecinos. Los dos eran

casi como hermanos gemelos: sus madres los habían tenido el mismo año, el mismo mes y casi el mismo día. Desde que recordaba eran íntimos amigos.

—Feliz cumpleaños, Leo. ¿Por qué te escondés?

—preguntó ella con toda naturalidad.

—No me escondo —replicó él en el acto.

—Entonces, ¿qué hacés aquí? El partido se juega ahí fuera —dijo ella.

—¿Qué partido? —preguntó.

Cintia posó la mirada en el nuevo balón azul que él sostenía en las manos.

—El partido que están jugando tus primos en la calle. ¿Eso es un balón nuevo?

«Me está leyendo el pensamiento», se dijo Leo. Claro que se escondía. Le daba miedo jugar con los mayores. Pero eso no iba a decírselo a ella.

Cintia agarró el balón y lo miró.

—Es muy lindo —comentó, y se lo devolvió—. A lo mejor tenés ganas de practicar con él. —Giró sobre los talones y se alejó.

Leo la observó por un momento y después contempló el balón nuevo entre sus manos.

En la pequeña cocina, Celia, su madre, preparaba la comida preferida de Leo para su cumpleaños. Era un plato antiguo transmitido por la rama italiana de la familia, la de ella, los Cuccittini. La deliciosa milanesa napolitana: carne empanada cubierta con salsa de tomate, jamón y mozzarella. Para remover la pesada sartén llena de trozos de ternera y abundantes fideos al huevo con salsa, la levantó por encima del fogón y, al posarla, oyó:

paf. Se interrumpió por unos segundos. ¿Qué era eso? *Paf.* Ahí estaba otra vez. *Paf.* Bajó la intensidad del fuego y se acercó a la ventana para averiguar el origen de ese ruido.

Paf. Ahí estaba Leo, al otro lado de la ventana de la cocina, chutando su nuevo balón azul contra la fachada lateral de la casa. *Paf.* Izquierdazo: *paf.* Derechazo: *paf.* Cuando el balón rebotaba, él lo controlaba con el muslo, lo bajaba sin vacilar y lo lanzaba nuevamente contra la pared. *Paf.*

El sonido atrajo a la abuela Celia a la cocina. *Paf.* Miró a su hija con curiosidad, y la madre de Leo la apremió a acercarse a la ventana para echar un vistazo.

Paf. El nuevo balón azul rebotó en la pared, y Leo lo paró con el pecho, lo dejó caer a sus pies y, tocándolo expertamente, se lo pasó del pie derecho al izquierdo y... *paf.*

La abuela Celia se volvió hacia su hija.

—Le da miedo jugar con los mayores —susurró—. Cree que es muy chiquito y que no es lo bastante bueno. Pero a mí me parece que es demasiado bueno para jugar con ellos. ¡Fijate cómo la toca!

La madre de Leo volvió a mirar. *Paf.*

—Le encanta ese balón. Lo sabía —dijo la abuela Celia con una amplia sonrisa.

Paf.

2



El Pibe y un sueño

Esa noche Leo escondió el balón nuevo entre las sábanas. Cuando su padre entró a darle las buenas noches, vio un bulto grande y redondo al lado del pequeño.

—¿Quién es tu amigo? —le preguntó.

Leo ahogó una risita y, apartando la sábana, mostró su balón nuevo.

Pasado un año, cuando Jorge entró en la habitación de Leo, éste lo esperaba. Tenía junto a él el balón azul, pelado y rayado después de patearlo días y días por las desiguales calles de Rosario.

—Supongo que le sacaste la mugre a eso antes de meterlo en la cama, ¿no? —comentó Jorge, fingiendo que lo reñía.

—Está limpísimo, papá —mintió Leo, y se apresuró a echar al suelo la tierra roja que se había desprendido del balón.

Jorge hizo como si no lo viera y se sentó al otro lado de la cama.

—¿Dijiste tus oraciones?

—Sí, papá —contestó Leo—. Le pedí a Dios que me haga alto.

Jorge examinó a su hijo por un momento. Le dolía oírlo hablar de su baja estatura. Se sentía responsable y

deseaba más que nada en el mundo encontrar una explicación para eso.

—Yo también, Leo —contestó, y de pronto se le ocurrió una cosa—: ¿Oíste a alguno de los otros chicos mencionar al Pibe? —preguntó.

—¿El chico?

—Sí, eso es lo que significa la palabra, pero la leyenda del Pibe no se reduce a palabras y sus significados. El Pibe es un chico que aprende a jugar al fútbol en la calle, donde sólo aquellos capaces de regatear pueden conservar el balón —prosiguió Jorge.

—¿Como Maradona? —preguntó Leo.

—Exactamente igual que Maradona —contestó Jorge—. De hecho, Maradona es el Pibe de nuestros tiempos.

—¿Me estás contando una historia sobre Maradona? —preguntó Leo a su padre.

—No, hijo —respondió Jorge en voz baja—. Es una historia sobre vos.

Esto complació mucho a Leo, porque su sueño era crecer, convertirse en un futbolista profesional y tener al gran Maradona como entrenador. Sonrió a su padre y cerró los ojos. Y mientras Jorge seguía contando su cuento, el niño se adormeció y de inmediato tuvo el mejor sueño de su vida.

Se trataba de un sueño nuevo, uno que Leo nunca había tenido. En él, tiene cinco años. Está en su barrio, cerca de su casa de Rosario, en el número 525 de la calle del Estado de Israel. Pone en juego el balón en el solar que hay detrás de la casa, donde juegan sus partidillos.

Al instante ve que el portero es su héroe, Diego Maradona, y viste una camiseta negra. Está en medio de la portería, señalada con dos palos de madera. Leo se lleva tal sorpresa al verlo que se queda inmóvil, y el Pelusa le dice a gritos:

—¡No parés, Leo! ¡Pegale! ¡Éste es tu partido, pibe!

Leo echa el balón hacia delante, corre con él pegado al pie izquierdo, amaga a la derecha y dispara a la izquierda con la zurda. El balón pasa por encima de Maradona, entra por la escuadra y acaba en el fondo de la red.

Leo, victorioso, levanta las manos y mira a su ídolo, temiendo que se haya molestado por no haber sido capaz de atajar el lanzamiento. Sin embargo Maradona sonrío.

—¡Bárbaro, Leo! ¡Fue pura magia! ¡Ésa es la Nuestra! —dice, y tomando al chico en brazos, lo lanza al aire. Leo, en lugar de volver a bajar, flota hacia el cielo. Desde arriba, mira a Maradona, que, cada vez más pequeño, afirma por última vez—: ¡Sos el auténtico Pibe!

Cuando Leo oye pronunciar esas palabras a Maradona, desaparecen todos sus miedos. Desde lo alto, le contesta a gritos:

—¡Creía que el Pibe eras vos!

—¡Lo soy, Leo! ¡Pero vos sos el siguiente! —contesta Maradona a través de las nubes—. ¡Vos sos el siguiente, Leo!

¡Leo no puede creérselo! Alza la vista al sol mientras continúa flotando entre las nubes. Las atraviesa a nado del mismo modo que antes fingía nadar en la bañera, y el sol brilla con tal intensidad que lo despierta.

Leo estaba boca abajo en la cama, nadando entre las sábanas como si fueran nubes, y el maltrecho balón azul, el regalo de cumpleaños, se hallaba en el otro extremo de la habitación, bajo la ventana. Ya era de día.

—¡Increíble! —exclamó, y su madre y su abuela Celia irrumpieron en la habitación.

—¿Qué es increíble? —preguntó la abuela.

—¡Mi sueño! ¡Fue el mejor de todos!

—Bien. Podés contármelo de camino al campo del Grandoli —dijo la abuela Celia.

—¡El Grandoli! —vociferó Leo, y se levantó de un salto, lanzándole la manta por encima—. ¿Vamos a verlos jugar?

La abuela Celia se quitó la manta de la cabeza y se arregló el pelo.

—¿Es eso lo que querés hacer en el Grandoli? ¿Sólo mirar?

Leo negó con la cabeza.

—¡No! ¡Quiero jugar! —replicó con los ojos muy abiertos por la emoción.

—¡Eso mismo! —contestó la abuela Celia.

—Pero... —dijo Leo, moviendo la cabeza en un gesto de negación—. ¡Yo no puedo jugar con el Grandoli!

—Claro que podés —afirmó ella—. Ellos todavía no lo saben, pero necesitan a un jugador como vos. ¡Uno no tiene la oportunidad de hacer una prueba para el peor equipo de la ciudad todos los días!